

Amistad, antropología e historia: tres formas de leer el libro homenaje a María Cátedra

Tomé Martín, Pedro; Valdés Gázquez, María, Álvarez Plaza, Consuelo (Eds.) 2021. *Símbolos en la ciudad, símbolos de la ciudad*. Valencia: Tirant Humanidades.

Hay al menos tres maneras de leer el volumen de ensayos en homenaje a la antropóloga María Cátedra. Que todas esas maneras aporten un descubrimiento del trabajo de Cátedra, figura clave de la antropología simbólica, así como un aprendizaje sobre los derroteros investigativos que han tomado algunas de las personas que han tenido relación con ella, convierte a este libro en un gran compendio de la diversidad con la que la antropología ibérica está indagando sobre los símbolos en/de la ciudad.

La primera forma de acercarnos a este volumen nos la facilitan los propios editores en una Introducción que ofrece, de forma sintética y profunda, un recorrido analítico por el trabajo de Cátedra, hilándolo con el resumen de los capítulos del libro y con un cierre más personal de su estudiante y luego compañera en la Complutense, Consuelo Álvarez Plaza. Y es que el libro está trufado de este esfuerzo por combinar relatos que permiten a las lectoras armar un perfil complejo de la persona y la académica María Cátedra. La amistad, en su vertiente profesional y, en algunos casos, también afectiva, aparece en muchos de los capítulos como una fuerza que empuja el pensamiento: el texto de Francisco Sánchez, que hila una conversa con María Cátedra para contarnos una carrera académica; el de José Antonio Nieto, que ofrece un relato a vuelo de pluma sobre el virus teniendo lo aprendido y discutido con Cátedra como inspiración; el de Enrique Luque, con las investigaciones de la homenajeada sobre la muerte como punto de partida para su reflexión sobre la construcción política del enemigo en época de pandemia; el de Cristóbal Gómez, que trenza encuentros biográficos con el relato de la antropología ibérica en su primer abordaje de lo urbano; o el de Carmen Díez Mintegui, que bebe de la admiración por la relación de Cátedra con la ciudad (Ávila/Évora), las murallas, las vírgenes y las santas, para inspirarse en un estudio de la figura de la Mari en Euskadi. Los textos de Aurora González Echevarría, que presenta su recorrido por las discusiones epistemológicas en la antropología del parentesco y las actuales investigaciones en torno al proceso procreativo y la crianza, y de Consuelo Álvarez Plaza, que presenta su investigación sobre reproducción asistida, son también formas de situar a María Cátedra como un referente académico y afectivo que ha hecho posible momentos indispensables en sus carreras, cada cual en un grado diferente. Todos en conjunto consti-

tuyen ese retrato de la amistad como fuerza inspiradora que nos ofrece este volumen.

Una amistad forjada en encuentros personales y académicos, entre los que emergen con especial importancia los Encuentros Ibéricos que Cátedra puso en marcha en el año 2000. Con su carácter transfronterizo e informal, se dibujan en varios capítulos como símbolos de una antropología capaz de superar el marco nacional y la división entre lo rural y lo urbano, así como espacios sustraídos a las lógicas de la evaluación y el impacto de otros congresos más grandes. Así los describen Jean-Yves Durand y Manuela Ivone, al hilo de los mundos sociales desplegados alrededor de las partidas de fútbol que se jugaban en estos seminarios bianuales. El bilingüismo castellano-portugués del libro es también testimonio de la importancia de las relaciones tejidas en estos encuentros: la idea de la frontera como algo “que se salta e que nos une” aparece en el texto de Paula Godinho sobre una de las comunidades con las que trabajó Cátedra, los vaqueiros de alzada en Asturias. También lo hace en el de Cristina Bastos, titulado “Estos muros que nos unem”, que unen a Bastos y Cátedra en la indagación sobre cómo se “enuncia la diferencia” en las ciudades. De nuevo, la encontramos en el repaso que Jorge Freitas Branco hace de su relación con Cátedra como parte importante del acercamiento de las dos academias, o en el de António Medeiros sobre las metáforas de la memoria como hilo vehiculador de un texto que recupera figuras de la antropología de los últimos 20 años.

La segunda forma de leer este libro la encontramos tomando nota de los diferentes abordajes antropológicos de quienes participan en él. Precisamente porque es un homenaje a Cátedra, del que forman parte investigadoras que se ocupan de muy diversos temas y con diferentes recorridos, este volumen funciona a modo de fresco de las formas en las que nos podemos acercar al análisis del simbolismo. Algunos capítulos abordan las maneras de mirar, de hacer trabajo de campo y de producir teoría en el llamado mundo rural, y la importancia del trabajo de Cátedra con los vaqueiros de alzada en Asturias. Esta “etapa vaquera”, como la llama Joan Prat en su capítulo, en el que revisa a otras figuras compañeras de Cátedra como José Luis García, James Fernández y Ramón Valdés del Toro, aparece en otros capítulos también. Como cuando Juaco López Álvarez, al ofrecer un texto de los propios vaqueiros “en defensa de su forma de vi-

vir ante Carlos III”, señala la “ligazón fuerte y especial” de la homenajeadada con ese territorio y esa comunidad. O como cuando Dolors Comas, inspirada por la propia Cátedra, revisita sus etnografías en el Pirineo Aragonés y en Andorra y relata cómo esos “textos que evocaban las experiencias y la vida cotidiana de los vaqueiros” la empujaron a buscar esa “finura” al tiempo que buscaba relacionar la etnografía con “factores más estructurales de la vida social”, en un momento en el que se reflexionaba sobre cómo el mundo rural estaba atravesado por las dinámicas urbanas y globales.

Precisamente, el pasaje del trabajo de Cátedra con los vaqueiros a sus investigaciones en Ávila y en Évora se enuncia en la Introducción y en varios capítulos, sobre todo en los escritos desde el lado portugués, como un pasaje disciplinar de lo rural a lo urbano, incorporando reflexiones que sirven también de repaso de las discusiones en torno a la ecología cultural y los inicios de la antropología urbana. Pero hay aún otra dimensión de este volumen que resulta de sumo interés en esta segunda manera de leerlo, que sigue el hilo de sus discusiones teóricas: y es cómo algunos capítulos ofrecen valiosas aportaciones sobre las maneras de conocer el simbolismo, lo cual convierte a este libro en un recurso muy útil para la docencia. Por ejemplo, Stanley Brandes recupera una historia de vida de su trabajo con grupos de Alcohólicos Anónimos en Ciudad de México para preguntarse por su representatividad desde presupuestos de la escuela de cultura y personalidad. El texto de Joan Frigolé es un análisis del llamado *procés catalán* desde el paradigma interpretativo, que pone en el centro el concepto de cosmología en discusión con las perspectivas ontológicas para sustentar su búsqueda de una estructura de categorías de significado, con coherencia y jerarquía interna.

Por su parte, las compañeras de Departamento de Cátedra, María José Devillard y Adela Franzé, se acercan a la cuestión del simbolismo desde el análisis de las economías morales, indagando en la relación entre los componentes simbólicos, afectivos y materiales de los intercambios entre migrantes, empleadores y otros actores sociales en torno a los contratos y los papeles. Carmen Díez también sitúa el análisis del mito de la Mari en Euskadi en relación con los cambios históricos, las relaciones de poder, y la observación de las contradicciones en la acción humana, para lograr “formas de leer lo cultural más abiertas y sugerentes”, mientras que Enrique Luque se ocupa de otro mito, el del culpable, para urdir una reflexión sobre cómo la construcción política del enemigo interno oscurece las formas de destrucción de vida que produce el ser humano, lo que le lleva a conectar con nuevas corrientes de la antropología que exploran nuestra interdependencia de/con otros seres no humanos. Álvaro Pazos, por su parte, presenta un trabajo sobre “los modos de expresión (y análisis) de la política que se despliega” en una red de apoyo mutuo en alimentación. Este trabajo de campo le empuja a re-

definir conceptos clave en la antropología simbólica y en la política, como imaginario y subjetivación. Lo hace desde una perspectiva situacional, en la que “el sentido está siempre ligado al acontecimiento”, en la que las conexiones entre situaciones “no obedecen a una lógica estructural ni escriben un texto” sino que “conforman una realidad fenoménica” en la que se articula el sentido; en definitiva, una perspectiva que propone “no abandonar, en el análisis, el plano situacional de acontecimiento” en que las imágenes concretas se producen “y producen prácticamente lo social”.

Quizá sea el texto de José Luis García García el que recoja de forma más concisa estos diferentes empeños por indagar en las ambigüedades. En su interesantísimo repaso a las categorías que construyó para analizar los datos de su trabajo de campo en Villanueva de Oscos en la década de 1980, José Luis García señala que si antes se ocupaba de la coherencia, hoy ve más importante las discrepancias, por ser “más ilustrativas del funcionamiento de los procesos mentales en los colectivos sociales”, de que “no existen unos saberes taxonómicos compartidos y aprendidos” y de que “la cultura no es una homogeneidad, como supone la antropología cognitiva clásica, sino una diversidad organizada” que deriva de “prácticas particulares”.

Es también este capítulo el que nos da paso a la tercera manera de leer este volumen. El texto es póstumo, pues José Luis García falleció por coronavirus en marzo de 2020, y ha sido su hijo, Jorge García Burgos, el que ha editado el texto, con la ayuda de Marie José Devillard. La amistad de Cátedra, y de varias de las participantes en el volumen, con José Luis García, hacen de este capítulo una prueba de las formas más brutales en las que la pandemia está constituyendo parte de nuestras biografías. Pero es que el volumen en general está atravesado por la experiencia de la pandemia, pues se gestó en sus meses más duros: algunos textos se centran directamente en ella, y son una manera de pensar, contar, pelear la experiencia del confinamiento, pero son todos los que recogen preguntas y dudas acerca de cómo pensamos el tiempo pasado, presente y el que está por venir, desde este contexto pandémico y dentro y fuera de la academia. Sin duda, este libro se puede leer con una de mis citas preferidas de María Cátedra en la cabeza: si la historia es “fuente y organización de significados en el presente”, las lectoras descubrirán que los participantes en este homenaje “no son solo herederos de una historia, sino que también piensan con ella”. Por mi parte, espero que podamos leer más material antropológico que acoja este tipo de reflexiones, que piense con todas las incertidumbres que la pandemia nos trae, y que sea capaz de prestar atención a cómo estas nos empujan a vislumbrar nuevos mundos.

Marta Pérez
Universidad Complutense de Madrid
martap27@ucm.es